

referida a quien se encuentra en una estación de tren preparado para partir hacia una nueva singladura. No se trata de resaltar la agitación de la espera del acontecimiento por venir, sino precisamente se subraya el encontrarse en camino, el saberse vagabundo. Esta conciencia del tránsito es el aguijón de la mirada que se esfuerza por recoger todo cuanto secreto se esconde en un instante que no se podrá volver a disfrutar y en el que no nos podemos asentar. *Huellas* es un entrenamiento en la búsqueda, *Calle de dirección única* un ensayo de interpretación.

Ser judío, marxista, haber escrito de forma un tanto enigmática, desarrollar temas como la esperanza y la utopía y haber sido mejor acogido por teólogos que por filósofos, no parecen las mejores credenciales para la relectura de un autor en nuestros días de utopías caídas. No nos faltan argumentos para sostener un sano escepticismo utópico, tampoco a Bloch le faltaron razones (y todas ellas en primera persona) para pensar como lo hizo. Quizá sea este, a pesar de todo, un buen momento para recuperar un pensamiento del que todavía pueden extraerse un par de buenos y muy enjundiosos pensamientos, nada acomodaticios, dolorosamente lúcidos.

Lástima que esta primera traducción al castellano no recoja

alguna de estas claves en el prólogo, firmado por José Jiménez, uno de los mejores conocedores del pensamiento de Ernst Bloch entre nosotros en la actualidad. Quizá sea esta la única observación que podamos realizar a una cuidada traducción (nada sencilla dado el estilo y la tormentosa construcción gramatical del alemán del autor) que a buen seguro proporcionará a los lectores un par de chispazos de lucidez y un par de buenas preguntas, amén de algún que otro buen motivo para pararse a pensar.

Javier Martínez Contreras

Carminha en Manhattan*

He de empezar destacando el ejemplar esfuerzo editorial que supone publicar un libro como el que ahora comento, dado el tamaño y las características del mismo, y hacerlo de forma tan cuidada y esmerada, reproduciendo el original en facsímil e incluyendo des-

* *Carmen Martín Gaité: Visión de Nueva York. Con textos de Ignacio Álvarez Vara y A. B. Márquez. Siruela-Círculo de Lectores, 2005. 189 pp.*

pués la transcripción de los textos: el cuaderno de *collages* donde Carmen Martín Gaité fue trazando sus visiones e impresiones de Nueva York durante su estancia en la metrópolis —desde setiembre de 1980 a finales del mismo año—, además de verter en esas páginas anotaciones y apuntes de carácter diarístico. El libro, por consiguiente, debe insertarse en el correspondiente lugar de la larga serie de Cuadernos-Diarios que CMG fue escribiendo a lo largo de tres décadas (de los años 60 a los 90 del pasado siglo), de los cuales una breve muestra fue publicada en el 2002, bajo el título *Cuadernos de todo*.

Este volumen, *Visión de Nueva York*, cronológicamente se intercala entre los cuadernos 23 y 24 de la citada serie, pues en rigor pauta esas mismas normas en cuanto a los contenidos y materias y también en el hecho de ofrecer la imagen de una mujer y una escritora entregada al raro oficio de vivir y a la gozosa pasión de la escritura. Parte de esta imagen ya la conocía el lector asiduo de CMG, pues más de una vez la escritora se autorretrató en su *atelier* y describió con detalle esos cuadernos de los que, una vez nacidos a la vida y a la escritura, ya no se desligaría. Lo hizo en un capítulo de *El cuento de nunca acabar*, ese espléndido

ensayo sobre la narración, con el que CMG sigue bregando durante esos meses neoyorkinos, según comprobamos. Y es que estas páginas por momentos son el cuaderno de bitácora de la escritora, que por entonces redactaba su ensayo *Desde la ventana*, del que se incluyen algunas notas, además de reflexiones sobre su reciente traducción de *Al faro*, de Virginia Woolf, escritora a la que se siente muy próxima y cuyo recuerdo le da pie también a hablar de la condición de la mujer, otro de los temas característicos del ensayismo de CMG: «No estoy segura de que las mujeres americanas ni las de ningún lado, acaben de conquistar la libertad y el estar-en-sí que Virginia Woolf deseaba para ellas, ni que acaricien ese sueño de tener una habitación propia, o que sepan habitarla en soledad una vez que la han puesto».

Junto a esta faceta pública o profesional, encontramos la imagen de la mujer y de la persona en el día a día cotidiano, pugnando por controlar el tabaco (llega a creer que el recortar y el pegar que le exige el *Cuaderno* puede ser un buen sucedáneo del cigarrillo), por mantener en orden su cuarto, por descifrar sus sueños (divertidísimos, muy hollywoodienses), por sustraerse a las tentaciones de la ciudad: esa Nueva York por la que anda siempre

callejeando, que contempla desde el vértigo de los rascacielos, que le parece la máxima expresión de la abundancia y el desperdicio, que la sigue viendo gris y amarilla; esa Nueva York en la que escucha a Alberta Hunter, conoce a Todorov, recorre con su hija y muchos amigos, que le ofrece exposiciones de Hopper (muy presente en el *Cuaderno*) y de John Ashbery, el *collagista* cuyos trabajos, desde luego, explora con enorme interés.

Tampoco está ausente de estas páginas el puntual relato de sus viajes por los alrededores (el otoño en New Jersey, la costa de Maine), que culminan en una larga estancia en California, y son muy interesantes las páginas dedicadas a fiestas y celebraciones varias: Hispanidad, Halloween, Thanksgiving, Navidad... Y aunque, como es lógico, predomina el registro de lo personal (en esa doble faceta) también guarda espacio CMG para la crónica político-social, con dos acontecimientos destacados: la victoria de Reagan en las elecciones («¡Buena se nos viene encima! Se salió con la suya el Ronnie») y el asesinato de John Lennon (doble página en el *Cuaderno*: recortes de prensa, fotos, lágrimas rojas y una sola anotación: «The dream is over»).

Y es que tal vez la faceta más sorprendente de este libro es esta

visión de CMG *collagista*, de la que apenas teníamos noticia (salvo un par de reproducciones en la mencionada edición de sus *Diarios*). A su hermana Ana María no le sorprende. «Desde niña ilustraba sus cuadernos escolares y siempre en sus manuscritos se han mezclado las letras, los dibujos y el rompecabezas de sus *collages*. El mundo de la fantasía que tanto formó parte de su vida cotidiana y literaria, se unía en original amalgama en todo lo que creaba», nos cuenta en una breve nota preliminar. A ello sumémosle una escritura más espontánea y fresca que nunca.

Ana Rodríguez Fischer

La vida conseguida¹

Corría el año 1939 cuando la primera edición de *Doble esplendor* vio la luz. Era un texto autobiográfico escrito por una joven española que llegaba, guerrera y atemorizada a la vez, desde la cruda guerra civil española a la realidad de Estados Unidos. En

¹ *Constancia de la Mora*, *Doble esplendor*, prólogo de Jorge Semprún, Gadir Editorial, Madrid, 2004.

efecto, el libro se publicó por vez primera lejos de casa y, además, fue escrito en inglés. *In Place of Splendor* era el primer intento de Constancia de divulgar una causa, la republicana –y aún más, la comunista–, y de concienciar a los norteamericanos de cuál era su verdad. En un extraño periplo, el texto fue traducido al castellano por la propia autora para que apareciera publicado en México, allá por el año 1944, cuando ya se intuía que la dictadura franquista iba para largo y que la República española iba quedando relegada por muchos al espacio del recuerdo. Entonces fue uno más de los cientos de títulos que circularon por los países que acogieron a los exiliados españoles. Nuevas ediciones de estas memorias aparecieron en 1966, en 1977 –iniciado el proceso democrático se vivió una auténtica explosión testimonial que recogía la historia de los derrotados, ya fuera en escritos de nuevo cuño, ya fuera en reediciones, como fue el caso del texto que comentamos hoy– y, finalmente, aparece la que reseñamos. ¿Qué interés tiene actualmente este texto que está lejos, sin duda, de desprender el perfume de los hallazgos arqueológicos? ¿Por qué ahora reaparecen las palabras combativas de Constancia de la Mora Maura, esa «aristócrata española, republicana y comunis-

ta», como reza el sugerente y provocador subtítulo que apareció en la edición del 77? La explicación nos la da el afán reciente por recuperar la memoria histórica del pasado siglo XX. En efecto, en los últimos tiempos parece embargar un espíritu de rescate del olvido de los años treinta y cuarenta y las estanterías de las librerías dedicadas a volúmenes históricos rebozan de títulos referidos a ese período histórico. Desde el pistoletazo de salida que supuso, en marzo de 2001, la publicación de la que sería exitosa novela *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, una oleada de textos referidos a los años de la República y la guerra civil luchan por recuperar secuencias para la memoria colectiva. En esta línea hay que situar la reedición del libro de Constancia de la Mora, quien fuera nieta de Antonio Maura, sobrina de Miguel Maura y mujer del capitán de la aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros.

Su situación era peculiar. Perteneció a una familia distinguida y renunció a la posición privilegiada que eso suponía porque necesitaba cambios: aprender a sentirse independiente; comprobar que podía criar a su hija Luli –fruto de su primer matrimonio con un señorito andaluz– sin ayuda de niñeras; compartir con Zenobia Camprubí, esposa del sensible